

Reseñas próximas (ediciones del siglo presente)

1. C. S. LEWIS. *La experiencia de leer*. Barcelona (España): Alba Editorial. 2000 [1961]. 142 pp*.

*Ender Andrade***

Departamento de Español y Literatura, Universidad de Los Andes,
Núcleo Universitario Dr. Pedro Rincón Gutiérrez.

Alba Editorial, de Barcelona, reedita *La experiencia de leer*. Publicada originalmente en 1961, esta obra del escritor inglés C. S. Lewis, más recordado como creador de las *Crónicas de Narnia*, propone un ejercicio peculiar: juzgar “a la literatura a partir de cómo es leída” (p. 107). Por ende, la mayoría de los capítulos de este libro están orientados hacia lograr la concepción de un lector ideal que le permitan al autor, posteriormente, aplicar su propuesta.

La experiencia de leer, además de contar con un epílogo y una breve nota final sobre *Edipo Rey*, está compuesta de once secciones. En la primera de ellas, titulada “La minoría y la mayoría”, C. S. Lewis realiza una distinción entre los que para él serían buenos y malos lectores. La observación de cómo proceden unos y otros ante un texto es la característica fundamental para efectuar dicha diferenciación. Para empezar, C. S. Lewis afirma que los malos lectores nunca releen un libro. Además, para éstos la lectura generalmente no resulta una labor significativa, pues casi nunca recuerdan, ni a corto ni a largo plazo, algún pasaje de la historia

* Fecha de consignación ante el **anuario GRHIAL**: 29 de junio 2011. Fecha de aprobación para su publicación en la revista: 29 de julio 2011.

** Miembro del PLAN II, estudiante de la Especialización en Promoción de la Lectura y la Escritura de la Universidad de Los Andes - Táchira. Email: enderandrade@hotmail.com.

que leyeron. Asimismo, estas personas sólo recurren a un texto en situaciones apremiantes, más por imposiciones de terceros que por iniciativas propias.

Prosigue C. S. Lewis en la siguiente parte enfatizando que existen “Descripciones inadecuadas”. Es decir, que hay una tendencia equívoca de encasillar a las personas dentro de una u otra categoría según sea su grado de instrucción o su nivel socioeconómico. No obstante, advierte C. S. Lewis, realizar esta segregación, tomando como eje ese tipo de premisas, puede resultar una labor arriesgada. En su lugar propone C. S. Lewis que el punto clave sobre el cual se base la diferenciación entre unos y otros lectores sea el grado de sensibilidad literaria que posee una persona. Aunque el autor, en los próximos apartados, no profundiza en este concepto vital en su propuesta, sí deja vislumbrar que las particularidades que evidencian la carencia de sensibilidad literaria de una persona, independientemente de su condición social, se notan cuando vemos que ésta tiene los mismos hábitos que, en el primer capítulo, C. S. Lewis ha asociado con el comportamiento que adopta el mal lector ante un texto. En otras palabras, que una persona no tenga el hábito voluntario de la lectura y que casi nada de lo que lee le resulta significativo, es síntoma inequívoco de una carencia de sensibilidad literaria.

Por tal motivo, a continuación C. S. Lewis no entra de lleno en precisar este concepto, sino que en su lugar realiza una serie de digresiones para apreciar similitudes entre la forma cómo son percibidas la literatura y algunas otras artes. Los capítulos tercero, quinto, sexto, séptimo y décimo son los dedicados para expandirse en esta labor. En éstos C. S. Lewis ahonda en conceptos como el mito, la fantasía, la poesía y los realismos. Enfatizándose en ellos el autor establece vínculos entre la literatura, la música, la pintura y el cine. Con esto C. S. Lewis afirma que la carencia de la sensibilidad literaria de una persona también puede apreciarse si observamos la forma cómo ésta actúa frente a otras creaciones artísticas. El grueso de estos capítulos C. S. Lewis lo dedica, por una parte, a aquellas personas que la sociedad tilda de iletrados, los cuales, según sus experiencias, saben muy bien que las películas, por ejemplo, son sólo obras de arte y no descripciones inmanentes de la

realidad. “El hecho de que no tengan la menor sensibilidad literaria los protege del peligro de confundir ambas cosas (...). No van al cine para aprender sino para descansar” (p. 79). En cambio, según las cavilaciones de C. S. Lewis, algunas personas pertenecientes a la cultura letrada de la sociedad suelen cometer la ligereza de usar al arte para intentar explicar, erróneamente, el significado de vida y de las actitudes humanas. Para este autor, no debe olvidarse que el arte es sólo un apéndice de esa vida real que gira a nuestro alrededor y que, por tanto, toda producción artística es una reelaboración intencional y estética de un hecho aislado que si bien pudo haber sucedido, no necesariamente es un facsímil de la realidad. Para C. S. Lewis, el arte no puede explicar fielmente a la vida, pero en cambio el mismo hecho sí puede suceder si se invierten estos patrones.

C. S. Lewis se basa en esta contraposición de posturas frente al arte para exhortar al lector a entregarse desinteresadamente al texto literario sin esperar algo de él. Asegura que muchas de las personas letradas suelen realizar lecturas tergiversadas por prejuicios que van en detrimento de la valoración de la obra. Además, insiste el autor, para apreciar a plenitud la literatura es recomendable adoptar una postura de receptores y no de usuarios del arte. Escuchar, más que hablar, es el llamado de C. S. Lewis. “Con esto no afirmo que el buen espectador sea pasivo. También él está entregado a una actividad imaginativa, pero se trata de una actividad obediente” (p. 25). No obstante, para C. S. Lewis éste sería el único punto rescatable de estos lectores “ingenuos”. Por ejemplo, en el aparte “Cómo lee el mal lector”, C. S. Lewis retoma el punto que había dejado inconcluso antes: la sensibilidad literaria. En esta parte el autor insiste en que otro de los aspectos que determinan esta facultad, y por ende otro de los puntos clave para determinar si alguien es buen o mal lector, lo comprobamos con la inclinación hacia el tipo de discurso que prefiere una persona. Según C. S. Lewis, la mayoría escoge textos narrativos (noticias, principalmente), pues desprecian los diálogos y evitan las descripciones abundantes para dirigirse a una narración anecdótica y dinámica.

Sin embargo, este tipo de lector suele despreciar otras cualidades elementales de la literatura; tal es el caso de la cadencia, el ritmo del

discurso y las palabras empleadas que conforman una parte importante dentro de la significación cabal de la obra. Insiste el autor en que una creación artística está compuesta por una serie de elementos que pueden ser analizados y apreciados en detalle como un microcosmos significativo dentro de la historia que se cuenta, y que, por ende, se halla subordinado a un todo.

El problema de este lector, el que carece de sensibilidad literaria, radica en que “no lee mal porque disfrute de esta manera con los relatos, sino porque sólo es capaz de hacerlo así” (p. 42). Es decir, éste no se sumerge en la totalidad conceptual de la obra.

En el noveno y undécimo capítulo C. S. Lewis realiza, primero, un “Resumen” de su propuesta y, posteriormente, ofrece hacer un “Experimento”. En éste, el autor expone abiertamente la intención de haber decidido juzgar a los libros no por ellos mismos, sino por la forma cómo éstos son leídos, pues, según él, con ello podría valorarse de manera más segura la calidad de un texto. Este último acápite es dedicado para reforzar los argumentos que llevaron a su autor a decantarse a usar este método de acercarse a la valoración de las obras literarias.

Para C. S. Lewis, emitir un juicio radical de un texto en un momento determinado puede estar sujeto a los prejuicios de una época. En cambio, si uno se detuviera a juzgar a los libros según la forma de leer de aquellos lectores que poseen una sensibilidad literaria no se caería en dictámenes errados, pues las maneras de leer de las personas suelen ser las mismas indistintamente de la época a que pertenecen. “La diferencia entre las maneras de leer -atenta o desatenta, obediente o empecinada, desinteresada o egoísta- es permanente; si vale, vale siempre y en todas partes” (p. 109).

Por eso, lo primero que habría que hacerse para determinar la calidad de un libro es determinar si alguien es buen o mal lector, y la forma de saber esto es a través de la sensibilidad literaria que unos u otros posean. Aquellos que no tuvieran esta habilidad no podrían tomarse en cuenta para este experimento, pues sólo escogiendo a lectores ideales se puede determinar con mayor certeza si un libro es bueno o no.

El beneficio de sólo fijarse en aquellos que se consideran buenos lectores, es decir que tienen sensibilidad literaria, es que éstos pueden sin dificultad expresar, de forma oral o escrita, lo que opinan sobre los libros. Y sólo así, analizando lo que emiten en sus juicios, puede establecerse qué aspecto particular o general de la obra es significativo para él. De esta manera, se sabría si lo que se aprecia de un texto es su valor literario o extraliterario, y si se comprobara que lo que predomina en sus juicios es esto último, podríamos sospechar de la calidad de esa obra (p. 117).

Explica C. S. Lewis que si un libro suele merecer e incitar malos hábitos de lectura en aquellas personas consideradas buenas lectoras quiere decir que aquel es, obviamente, un mal libro. Ahora, si al menos un buen lector, donde quiera que se encuentre y sin importar si pueda parecer culta o inculta, adopta frente al texto los hábitos ideales de lectura, entonces deberíamos prestar atención a ese libro, pues es muy probable que él contenga alguna cualidad que los demás no pueden apreciar.

Finaliza *La experiencia de leer* con una exhortación: procurar que entre el lector y la obra no medie la opinión de los críticos, no porque éstos estén equivocados, ni mucho menos, pues es obvio que también cualquiera se ve tentado a saber qué piensan otras personas sobre un texto, sino porque esta práctica, al haberse difundido tanto, ha perjudicado la recepción de la obra literaria. Al fin y al cabo, y es una de las conclusiones de C. S. Lewis, “no necesitamos a los críticos para disfrutar con los autores, sino a la inversa” (p. 124).

